

**MG**  
MATERIA GRIS

## Arq. Ignacio Mallol Azcárraga

Panameño de nacimiento. Graduado de Arquitecto en el 2005, por la Escuela ISTHMUS y Máster of Science Degree in Advanced Architectural Design de la Columbia University de Nueva York. Desde el 2005 forma parte de Mallol&Mallol Arquitectos, colaborando como diseñador en proyectos de diversa índole. A partir del 2009 dirige su propio equipo, convirtiéndose en Vice-Presidente de la firma en el año 2012. Mallol&Mallol es uno de los Estudios de Arquitectura panameños de mayor prestigio internacional, fundado hace más de tres décadas.

# Coloquios, las palabras también construyen

La cúpula del Reichstag, Berlín, Alemania, 1992. Foto: Mónica García. Arquitectura: Norman Foster.



La Arquitectura es obra, acción de lo real, materialización de una idea, siempre algo tangible. Toda edificación, pública o privada, es una realización, tiene una utilidad, uso, por ello es una expresión concreta. Independientemente de esta realidad que se expresa así misma y no requiere de una explicación mayor, detrás del espacio construido devenido en un objeto habitable, está ese ejercicio aparentemente invisible que es la sustentación real, la base de un proyecto. La obra, el concreto, el acero, el vidrio y desde luego lo que ella representa en el diseño que la piensa, recoge los frutos de quienes la ocupan, de la crítica en algunos casos y del privilegio que goza un proyecto realizado. No olvidemos que una edificación emblemática, una calle, un centro de cultura, museo, estadio de fútbol, iglesia, no solo son referenciales de una ciudad, sino que identifican sitios, lugares, avenidas, barrios, con la memoria de las personas.

La palabra obra, sustantivo femenino, tiene una fuerza extraordinaria, significa creación, producto, resultado, realización, edificación, volumen, construcción, edificio, y trabajo, es todo lo que se ve y es imaginable dentro de la arquitectura o de lo que produce el hombre.

Las personas ven en ella un imán, un atractivo especial, que mueve sus sentidos, la pueden observar, palpar, recorrer, la sienten, es una proximidad física y corporal. ¿Quién puede competir con una atracción que despierta los sentidos a primera vista? Aquellos quizás que compartan este acto de creatividad, la pasión por la belleza, conozcan y amen la arquitectura, se preguntarán que hay detrás de esta estructura que tienen ante sí, cómo fue concebida e inclusive podrían indagar un poco más allá para conocer el pensamiento y la intención del arquitecto.

La evidencia, lo que vemos, el cuerpo real de un objeto, es la arquitectura en tiempo presente, -arte, lenguaje, ciencia-, pero en lo que hay detrás de esta realidad conceptual que se va tejiendo, están las ideas, el diseño, verdaderos destellos de las épocas y sus circunstancias. Una obra es un diálogo basado en ideas, conceptos, es un ejercicio íntimo que puede compartir un grupo de arquitectos, previo al diseño de un proyecto. Es esa reflexión antes de hacer, cuyo interés principal es responder además los por qué de las interrogantes que subyacen tácitamente en el desafío que impone un trabajo creativo. Pero no olvidemos que pensar es acción, poner ideas sobre la mesa. Primero fue el verbo, las palabras y éstas crean una dinámica irremplazable. Hay una escritura verbal desde un inicio del primer planteamiento y es cuando se comienza a “escribir la arquitectura”.

En un proyecto existen diversas y puntuales interrogantes, algunas se repiten y otras se dibujan diferentes, sorprendentes frente al primer boceto con mayor intensidad. Este es el inicio del diálogo que permitirá construir un discurso necesario, indispensable, que va mucho más allá que documentar lo que el arquitecto piensa, porque indaga sobre su quehacer, lo somete a una discusión, y pone a prueba un planteamiento, un programa, que va alimentándose en el curso de un diálogo que se transformará en un discurso. Construir no es hacer arquitectura, se requiere de esta mirada anterior a la técnica y los materiales, una voluntad de pensar.

Se construye ese discurso sobre la base de las preguntas (que son las primeras en aparecer cuando surge la idea de hacer un proyecto). Esas interrogantes se transforman en un verdadero itinerario, un recorrido obligado por las ideas que surgen en un principio. Reflexión que convierte estos primeros pasos en una investigación previa absolutamente necesaria y determinante, una ruta inevitable que permite dilucidar, explicar lo que se va a ir produciendo previamente al acto de construir. Es que antes de llegar a firmar un plano, había fluido no solo mucha tinta sobre el papel albanene, sino un tejido verbal, un entramado propio de un lenguaje creativo y constructivo. Esa información que se va acumulando, sumando, discutiendo, es un proceso verbal exploratorio que va enriqueciendo el proyecto y la experiencia. Esta confrontación de ideas que se acumulan como capas de cebollas hasta convertir todas esas horas, palabras, discusiones, el debate mismo, en un coloquio que no es más que un diálogo abierto en el centro de la discusión.

El arquitecto sabe que tiene que cumplir con algunas necesidades fundamentales del programa y del cliente, pero sobre todo, con la arquitectura en la que él cree y piensa, de la cual no puede sustraerse porque es su hoja de ruta. La arquitectura también tiene sus propias exigencias y cada día son más porque las demandas también crecen en complejidad, por lo que este ejercicio reflexivo de construir un discurso arquitectónico cobra no solo vigencia, sino obligatoriedad y es un compromiso para nuestra profesión en esta época, aquí y ahora. Nunca como en esta época de vértigo, globalizada, sin fronteras, contaminada, la arquitectura requirió de más reflexión para alcanzar su simpleza, cumplir con su vocación de aportar sus capacidades al desarrollo humano y urbano, a la cultura, lo social y a integrarse cada día más en la vida cotidiana. La arquitectura ni el arquitecto son entes sociales aislados, por ello nuestra mirada es en múltiples sentidos, desde el sitio a su entorno, a la sociedad en su conjunto, y muy específicamente a lo que hacemos, cómo lo hacemos, por qué lo hacemos, para quién lo hacemos y cómo podemos mejorar nuestros propios procesos. Y justamente es este quehacer propio de la arquitectura, con su milenaria tradición, el que se renueva cada día y nos interroga a diario con preguntas pertinentes a la profesión, que ya nos son común y corriente: qué, cómo y por qué lo hacemos de esta manera. Un oficio que nos permite relacionarnos con el conjunto de la sociedad, como hemos dicho, pero eso tiene un significado, como servir con eficiencia, utilidad pública y privada, rescatar lo mejor de la memoria histórica, traducir nuestro presente en obras meritorias y presentarnos en el futuro con optimismo. En el día a día la propia arquitectura nos insta, convoca, a reescribirla, documentarla, incorporarla más allá de su quehacer rutinario. La arquitectura no termina de hacerse en un solo proyecto, esa es quizás su mayor virtud. Ese rehacerse continuamente. La sorpresa quizás de una belleza nueva. Nuestros proyectos, son una escritura primaria.

De alguna manera estamos reescribiendo las ciudades para unas nuevas lecturas en el futuro.



TOD'S Omotesando Building, 2002-2004.  
Shibuya-ku, Tokyo, Japan. Foto: Nacasa &  
Partners Inc. Arquitecto: Toyo Ito